



PIEL DE JUDAS

Juan José Panno

DEJALO SER

Miguel Bossio

“Piel de Judas” de Juan José Panno.

© Juan José Panno.

“DEJALO SER” de Miguel Bossio.

© Miguel Bossio.

Foto de tapa: Juan Carlos Caminiti

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010

Colección: Pasión por leer



Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

PIEL DE JUDAS

Juan José Panno

Rajá pa' dentro, rajá pa' dentro te digo, que te voy a arrancar la cabeza, te miraste cómo tenés esas rodillas, desgraciumana, me vas a volver loca, vos querés que yo me vuelva loca, que me internen en un manicomio querés, decí, decí la verdad, callate la boca y andá a lavarte, mirá esas manos, vení para acá, mirate esos tobillos, aaaayyy, el sponcio, me agarra el sponcio, el hígado, ahora vas a ver cuando vuelva tu padre, porque con tu padre no jodés, claro, para eso está la señora, la sirvienta que te tiene que planchar la ropa, preparar la comida, y vos en lo único que pensás es en jugar a la pelota con esa manga de atorrantes, te voy a mataaaar, un día se me va a terminar la paciencia y te voy a pegar una paliza que no te vas a olvidar en tu vida, eso querés ¿no?, tiene razón la Pocha, a ustedes hay que tenerlos cortitos porque una les da el codo y se agarran todo el brazo, te dije media hora y mirá la hora que es, no me comés, no me hacés los deberes, y encima te pasás toda la tarde con esa pelota de porquería, noooo, pero ya vas a ver cuando venga tu padre, ¿sabés qué sos vos?, sos la piel de judas, la peste bubónica sos, callate la boca, chito, chito eh, andá a lavarte, vení para acá, ¿te viste las zapatillas?, no, qué te vas a mirar vos si lo único que te importa es jugar a la pelota con los desgraciados esos, meta pelota y pelota todo el día y a mí que me parta un rayo, ¿te vas a ir a lavar o no te vas a ir a lavar?, ¡¡¡esas rodillas!!!, percurdidas las tenés, per-cu-di-das, te vas a tener que lavar con acaroína, ayyy, tu hermano no era así, ah nooo, el Carlitos es una monada, nunca me llamaron del

colegio para decirme nada, nunca una palabra de más, un niño prodigio el Carlitos, no como vos pedazo de bestia, machona de porquería, tendrías que haber sido varón vos, siempre lo dije.

DEJALO SER

Miguel Bossio

—¿O no, muchachos...? ¿Para qué Dios te da hijos varones? Para que continúen con la estirpe minera del padre, para hacer campeonatos de eructos en la mesa y, sobre todo, para que lleguen adonde nosotros no pudimos: jugar en Primera...

Al Rulo Chiappero, básicamente un hombre básico, nadie podía desinstalarle del rostro esa sonrisa que le había provocado la ecografía de los cuatro meses que se había hecho Mariela esa mañana. El bebé que esperaban no iba a llamarse Celanie, como intuía la mamá: lo que venía en camino era "un Facundo"... El doctor Damasco, ecógrafo y un canto a la ternura, les había mostrado con nombre y apellido "el pitito y los huevitos", por lo que ya no tenían dudas de que al cuarto en desuso había que pintarlo de celeste.

Muy seguro estaba el Rulo esa noche, frente a sus amigos: ese primer hijo suyo y de Mariela sería mucho más que él. Más fachero y ganador con las mujeres, sonoro eructador y, claro, hábil delantero y certero goleador.

—Bueno, al menos a éste lo vas a reconocer, ¿no? La piba de la Betty Mariani, según dicen, es un calco tuyo —lo cargó el Laucha Muñoz, ante la risa de los demás y la cara de "¿Por qué no te vas al carajo?" del Rulo.

Al otro día de saber la noticia, el papá más orgulloso del mundo se lo cruzó sin querer al entrenador de los infantiles de Newbery.

—¿Podés creer que me preguntó a qué edad lo puede empezar a mandar al club? Qué tipo ansioso este Chiappero —comentó Dany, que entrenaba a los chicos del barrio.

Menos mal que Ricardito Rossi, el obstetra que atendía a Mariela, era un tipo reservado y no ventilaba las preguntas pediátrico-futboleras del Rulo:

—Las patadas que siente la mamá del lado del corazón,

doctor, ¿pueden ser un indicio de que le pegará con la zurda? ¿Puede ser un buen estímulo para la criatura hacerle escuchar desde ahora relatos de partidos?

Antes de que naciera, el hombre se recorrió todas las casas de deportes para ver cuál era el talle más chico de camiseta, averiguó sin que su mujer supiera si había botines para bebés y preguntó en la sede de Chicago cuál era la edad mínima para que un pibe entrara a la cancha con el plantel de la Primera.

Lo soñó una y mil veces al Facu. Y, en esos mil y un sueños, las imágenes se repetían: el hijo del Rulo estaba lleno de mujeres, emitía sonidos indebidos en la mesa, hacía goles...

Hasta que por fin, un 6 de agosto, antes del arranque del Apertura 97, Facundo Chiappero hizo su ingreso triunfal en este mundo: 3,450 kilos, narigoncito, peludo y con piernas chuecas. En la puerta de la habitación, la 507, no había ni un osito ni un conejo celeste que anunciara la llegada del bebé: estaba el muñeco con la camiseta de Chicago que el Gordo Omar había sacado del espejo retrovisor del Peugeot y lo había colocado a escondidas de Mariela, que recién se enteró al tercer día, cuando le dieron el alta médica.

El Rulo miraba a su hijo y lloraba. En ese moisés, regalo de la tía Elena, estaba el Facu, "un pasaporte directo a Europa", como decía el papá, soñador de un futuro futbolero para su primogénito no menor al Betis español o al Galatasaray turco.

En cada vómito del bebé, el Rulo veía un escupitajo al 4 de Vélez en un clásico caliente. Al verle los genitales, todavía hinchados por el parto, decía en voz baja:

–Unos huevos así de grandes vas a tener para jugar, hijo.

Y a la noche, cuando no se podía dormir y Mariela lo mandaba a hablarle suave al oído, el Rulo –narrador autodi-

da con pedagogía cero— le inventaba relatos que sí o sí incluían una pelota. Muchos de ellos eran protagonizados por él mismo, un entusiasta mediocampista que no llegó a nada por ser un "medio pelo" y tener dos operaciones de meniscos.

—Te voy a sacar bueno a vos, Facu. Ya la convencí a mami de que antes del estudio viene el fútbol. ¿Qué es tan redondo como la Tierra: un libro o una pelota?

El hombre miraba con desconfianza cada regalo: sonajeros con mariposas, ropa con payasos y ositos, libros con pájaros, baldes, vacas y... Más mariposas, más payasos, más ositos...

Adepto a la corriente de que los varones deben mamar el fútbol desde que abren los ojos, empezó a comprarle figuritas de fútbol que el bebé, indefectiblemente, se llevaba a la boca. Para éxtasis del padre e histeria de una mamá aséptica y primeriza. Cuando Facundito al tercer mes pasó a su propia habitación, el Rulo le colgó un poster de El Gráfico del 91 entre los cuadros del bebé...

Fue creciendo con mamadera y baberos de Chicago. A las pelotas les daba la misma bola que a los autitos, los peluches y a los collares coloridos de la tía Elena.

—Es normal, Rulo, no seas tremendista —lo paró en seco su esposa, cuando el padre de la criatura amagó con prohibirle la entrada a la pobre tía.

Con el Clausura 98 en marcha, empezó a gatear. A la pelota —una réplica pequeña de la Adidas Tricolore del Mundial de Francia— la miraba rodar: seguirla, nunca; atraparla, jamás...

Cuando ya se sostenía con los pies, el papá lo alzaba desde atrás por los hombros para que, con un movimiento pendular, el Facu le entrara de lleno a la bola.

–Llora porque se asusta, no porque no le guste el fútbol –lo tranquilizaba un vecino.

El Rulo quiso ir a una consulta con el pediatra, pero Mariela lo tildó de ridículo y se lo prohibió.

Ya en épocas del jardín de infantes, el chico se pasaba más tiempo frente a cualquier objeto que ante una número 5. Y eso que entre todos los Papá Noel le habían traído dos arcos de plástico con redes, unas zapatillas Nike que promocionaba Ronaldo, una camiseta del Manchester United y la Fevernova oficial de Corea-Japón 2002. Desesperado, el papá buscó un aliado en la Play Station, pero resultó que a Facu solo lo enloquecía un juego de Harry Potter.

Empezó el primer grado y el Rulo, a esa altura, estaba entre ponerse firme y la desesperanza. Mariela quería otro hijo, pero él decía no estar preparado aún. Facu andaba bien en el cole, tenía muchos amigos y se destacaba en educación física, pero iba a regañadientes a las clases de fútbol en el Newbery, lo único que le interesaba a su padre.

–Los chicos tienen su tiempo de maduración, no hay que exigirles. Tal vez lo presionás mucho y eso puede ser contraproducente –coincidían en señalarle su esposa, el vecino y Dany, el DT de la escuelita de fútbol.

Mariela propuso que la dejara a ella llevarlo los sábados al club. Y él, que ya había roto relaciones con la tía Elena por aquella pizarra mágica que le trajo de regalo para un cumpleaños, aceptó sin mucho convencimiento. Fue ahí cuando, para no enloquecerse, retomó el hábito de la pesca. Volvía los sábados a la noche y, por más que se moría de curiosidad, no preguntaba nada sobre Facu. De vez en cuando, Mariela le contaba que fue suplente y entró un rato, o que casi hizo un gol, o que el equipo llevaba tres empates seguidos...

Facundo no daba más detalles. Se encerraba en su cuarto

a leer, a mirar tenis o a escuchar música. Nunca veía con su papá un partido de Chicago porque, decía, se aburría.

–Lo único que me falta es que digas que, de grande, querés ser princesa...

–Mirá, papá, en la escuela hicimos un trabajo práctico sobre la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Leé acá. ¿Ves? “Toda persona tiene derecho a la vida y a la libertad”. Así que dejame vivir y elegir libremente lo que me gusta. Y acá dice: “Nadie puede ser sometido a tratos crueles ni obligado a hacer algo que no le gusta”. Pero quedate tranquilo, pa, que princesa no voy a ser...

En la preadolescencia, insinuando un futuro más cercano a la Abogacía que a Fútbol de primera, estos enfrentamientos con su papá fueron cada vez más frecuentes. Si por el Rulo fuera, según contaba en el café, ya hubiese implementado un apartheid entre los futboleros y los demás hasta para los medios de transporte. Lo deprimente, confesaba resignado, era que con su hijo viajarían en colectivos diferentes. Así, mientras el papá deliraba con leyes para que los padres tuvieran la potestad jurídica de elegirles un equipo a sus hijos, Facundo ya había ejercido el derecho a no ser más de Chicago.

–Me dijo que no le gustaba la combinación del verde y el negro... Me quiero matar.

Con la batalla perdida en un 70 por ciento, un día de semana cualquiera el Rulo se fue hasta el Newbery para intentar un último manotazo de ahogado con el entrenador. Pero el Dany, que en ese momento estaba practicando definición con el equipo femenino del club, le salió con un martes 13:

–Tu hijo hace un montón que no viene a fútbol, Rulo. Me dijo que a la misma hora está yendo a un taller literario.

Sintió que el alisado de cemento del gimnasio se le movía y que los tableros de básquet se le caían encima. Dio media vuelta y encaró hacia la salida. Obnubilado, iba hacia la puerta cual Sueiro rumbo a la luz celestial.

–Eh, Rulo, ya no saludás más. Quedate tranquilo, que no te voy a reclamar nada, ja... –le dijo la Betty Mariani, tan simpática como siempre pero bastante más gorda que cuando él y casi todo el barrio perfeccionaban con ella sus técnicas amatorias en el Parque Municipal.

–Uh, Betty, perdoname, no te vi. Tanto tiempo... ¿Qué andás haciendo por acá?

–Vine a traer a Delfina a fútbol: anda bien la guachita. Juega arriba, hace bastantes goles... ¿Viste qué grande está? Es aquella de rulitos, la 7. El otro día la vinieron a ver los del fútbol femenino de River y me preguntaron si Mariani era apellidado italiano, si tenía pasaporte comunitario... Qué sé yo, yo le digo que estudie, pero no me hace caso.

–Ah, mirá vos: te salió futbolera.

–¡No sabés, revaronera...! Y eso que en casa nadie la estimuló. Como ninguno la quería llevar a la cancha, un día se fue a ver a Argentinos Juniors y después se enganchó acá, con las chicas del club.

–No te puedo creer, qué bueno...

–Y, no te creas, no es muy lindo que la nena tome Coca y grite “gooooool” eructando. Bah, qué sé yo, me salió así... ¿Vos qué tenés? ¿Varón, no?

JUAN JOSÉ PANNO

Nació el 5 de febrero de 1949. Fundador, docente y codirector de las escuelas de periodismo Tea y Deportea, pasó por las redacciones de *Clarín*, *Crónica*, *El Gráfico*, *La Razón*, *La Voz* y *Página 12*, donde escribe actualmente. Es autor de los libros *Corazón y pases cortos*, *Pozo Vacante* y *Obras maestras del error*; coautor de *Días de radio 1920-1959* (con Carlos Ulanovsky y Marta Merkin), compilador de *Pelotas chicas, pelotas grandes*. Dirige la colección Social y Deportiva de Colihue.

www.cuentosymas.com.ar

MIGUEL BOSSIO

Nació 17 de febrero de 1968 en Rufino, Santa Fe, y se recibió en la Universidad Nacional de Rosario. Licenciado en Comunicación Social, trabaja como periodista en la sección Deportes del diario *Clarín*. Colabora con el diario *El Mundo Deportivo de Barcelona* y con diversos medios de Inglaterra. Uno de sus cuentos de fútbol: "Hágase tu voluntad", fue publicado en el libro *De Puntín*. El cuento "Déjalo ser" recibió una de las menciones en el concurso de cuentos realizado en 2009 por el Instituto de Derechos Humanos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



TV Pública
CANALSIETE

Fútbol para tod@s